

meditación de Eisenstein, y con ello se volvía de nuevo a los propios planteamientos ofrecidos en la película; con ello la razón de Estado puesta en cuestión por Eisenstein adquiría un sentido inmediato que no tenía por qué ser forzosamente, como se ha pretendido, la razón única de la película.

Anteriormente, Stalin había obligado a Eisenstein a «arreglar» su «Octubre», haciendo desaparecer de la película la figura de Trotski. De ahí la profunda ironía y la profunda amargura de esa declaración que Eisenstein se vio obligado a hacer, reconociendo los «errores» de su versión de la vida y obra de Iván el Terrible. «Sabemos que Iván el Terrible era un hombre de voluntad de hierro y de carácter de acero. ¿Debe esto excluir al hacer revivir la personalidad del Zar la posibilidad de que existieran dudas en él? Resulta difícil pensar que un hombre cuyas acciones no tenían precedente en su época no haya dudado en ningún momento sobre cómo debía actuar ante cada circunstancia. Pero, ¿estas dudas probables podían oscurecer la función histórica de un personaje como Iván tal como se presenta en la película? ¿Podría ser que la verdadera esencia de esta poderosa figura del siglo XVI se personificase precisamente en estas dudas y no en su lucha sin compromisos contra las mismas dudas o en sus éxitos sucesivos como hombre de Estado? ¿Acaso esta preocupación desviaría nuestra atención del Iván creador, el Iván constructor de una nueva Rusia unida y potente, el Iván destructor inexorable de cuanto obstaculizaba sus empresas progresistas? El sentido de la verdad histórica me ha traicionado en la segunda parte de "Iván el Terrible". Detalles personales sin importancia y carentes de valor representativo han sumergido en la sombra al objetivo principal (...). De ello ha resultado una impresión falsa y errónea de la figura de Iván. La decisión del Comité Central que me acusa de una interpretación equivocada que traiciona la verdad histórica, afirma que en la película Iván es presentado como "una especie de Hamlet abúlico y débil". Esta acusación es justa y sólidamente fundada.

«(...) Debemos aprender y asimilar el método Lenin-Stalin de intuición profunda de la verdadera vida y de la historia tan plena y profundamente que nos permita superar todos los residuos y todos

los recuerdos de antiguas nociones que, aunque desterradas desde hace tiempo de nuestras conciencias, tratan obstinada y maliciosamente de infiltrarse en nuestras obras apenas nuestra vigilancia disminuya por un instante de intensidad a causa de la fatiga creadora».

Los españolitos buenos seguimos disponiendo de algunos libros que nos hablan del expresionismo eisensteiniano, de la distorsión del color utilizado en el «Iván...», del carácter progresivo de las búsquedas estéticas de Eisenstein y de la significación en ellas de estas dos películas, que son realmente una, indivisible e incomprensible sólo en una de sus partes sin conocer la otra, que nos acaban de traer a España. Discutir ahora la política de exhibición del cine de arte y ensayo de Madrid, donde se proyecta primero una parte y sólo al cabo de unos meses la siguiente, no tiene ahora mayor importancia. Porque lo que intriga un poco más es saber si alguna vez esta primera muestra del cine de Eisenstein vendrá acompañada de su obra completa, y tanto si es así como si no, qué razones ha habido para romper el bloque de silencio impuesto a este autor, entre otros muchos que ni conocemos de oídas, y qué nos ocurre a los españoles de 1971, en comparación a los de años anteriores, que gozamos de este privilegio, que demostramos saber tanto y ser tan buenos que ya tenemos derecho a nuestra ración europea de cine de hace veinticinco años.

■ DIEGO GALAN.

T EATRO

Sobre las representaciones de una obra política

Pese a las semanas que permanece en cartel, el hecho es sabido, «Tango», la interesante obra de Sławomir Mrożek, ha interesado a un sector relativamente pequeño de público. ¿Por qué? A veces, en el teatro, esta es una pregunta ociosa y la teoría del fracaso o del éxito hay que construirla

«a posteriori» y a contrapelo, encajando los datos en los esquemas que a uno le son más gratos. En el caso de «Tango» la cosa es mucho más clara, mucho más rica y mucho más significativa. Se puede, en fin, intentar responder a ese «por qué» con alguna objetividad.

He guardado, con ánimo de reproducir en alguna parte, algunas de las críticas que en su día se hicieron a «Tango» a raíz del estreno. Quizá no vale la pena y sea mejor recordar simplemente que en muy pocas de ellas se intentó un análisis político de la obra. En algún semanario incluso poseído de la santa indignación pseudopoética que a

Algo había, sin embargo, que no permitía sostener con fuerza dicha tesis, porque la violencia ulterior del idealista, sus discursos hitlerianos en lo alto de la mesa reclamaban otro análisis, otra interpretación de su juego.

El esquematismo de la percepción ligaba perfectamente con el esquematismo de nuestra cultura política. Por lo tanto, teníamos la tentación de quedarnos con esa fabulosa división del mundo en comunistas y anticomunistas, en un sí y un no de pancarta que nos resuelve la interpretación de todos los misterios individuales y sociológicos.



veces invade a las almas puras, el crítico arremetía contra cuanto se habían perdido en zarandajas políticas y no habían aceptado «Tango» como un fruto incontaminado de la imaginación teatral y el buen oficio. Inesperadamente —desde mi alma negra— veía cómo unos y otros hablaban y hablaban de «Tango» negándose a desentrañar los orígenes históricos y concretos de su amargura.

Algunos, justo es confesarlo, decían que era una obra impregnada de sabor anticomunista, de exilio de un autor polaco, huido a tierras francesas e italianas. Algunos veían en el «idealista» de la obra al bravo muchacho dispuesto a impartir la luz y el buen orden en todo el orbe.

Visto luego que esta interpretación era difícil, que la obra escapaba a ella y no estaban separadas por un muro la luz y las tinieblas, se optó por «despolitizar» la contemplación del drama, por soslayar el cuestionario de Mrożek —no importa que sea un cuestionario intuitivo, nacido de su experiencia, de sus vivencias y no de un análisis racional de los sucesivos límites—, y quedarnos en la imaginación pura, en la abstracción pura, privando así a lo poético mrozekiano de su encarnadura histórica.

No había en el escenario ninguna iluminación de las angustias de Mrożek; no podía haberla tampoco en la recepción de una gran parte

de los espectadores. Todo andaba entre vaguedades, entre los miedos del mismo autor, en vez de poner el escenario la nueva luz de la materialización poética. Las intuiciones, los hijos de la carne, no cobraban su carne al subir al escenario, no eran materia atosigante y creadora para actores y espectadores. Seguían allí, en el limbo de lo maravillosamente incomprensible, de lo sacrosantamente interterrenal. Con lo que nos quedábamos no sin el devastador análisis didáctico de la obra, sino sin la pasión y la historia de una poética política.

Si me apuraran, yo diría que «Tango» está por estrenar en España. La culpa no es ni de Tamayo, ni de sus buenos actores, ni de los animosos espectadores. Es, sencillamente, de la desarmonía entre la complejidad política de la obra y la simplicidad política de una comunidad que o bien ve el mundo dividido entre comunistas y anticomunistas o bien sospecha de cuanto pone en peligro el orden de consumo. ■ JOSE MONLEON.

CANCION

Rosa y Jorge: rehabilitación de lo «verde»

Normalmente, lo picante, lo «verde», es patrimonio casi exclusivo de las revistas musicales, es decir, es objeto de atención de un subgénero, de un espectáculo para públicos no cultivados (para usar una nomenclatura cultural aristocrática). Poco importa que buenos trozos de nuestra literatura, clásica y actual, se hayan ocupado de esos temas considerados tabú por nuestra puritana opinión pública. Lo «verde» es de mal gusto, lo cual no impide que todos los puritanos, cuando no hay señoras delante, se despachen a su gusto con la circulación clandestina de toda esa larga serie de chistes verdes que constituyen la crema de nuestro humor nacional junto con los chistes políticos.

«Como en la clase de Ciencias enseñaba el profesor/